

Breve antología de los espejos fantásticos

Adolfo Echeverría

En el Austurland, al este de Islandia, una doncella que se mira en un espejo que ha pertenecido a una viuda corre el riesgo de volverse melancólica y taciturna.

En la franja limítrofe entre la Europa del Este y el Asia occidental, colindante con el mar Negro y el mar Caspio (en la proximidad de la cordillera del Cáucaso), los niños menores de catorce años suelen llevar collares hechos de pequeños espejos, mismos que son usados para protegerlos del llamado *mal de ojo*, que repelen a los hipócritas y envidiosos.

Aún hace relativamente poco tiempo, existía entre los normandos la creencia de que una joven que se ufana de su belleza ante un espejo debía recitar en silencio oraciones de exorcismo con el fin de no perder la cordura.

En la provincia angoleña de Moxico, una mujer que se admira en un espejo por la noche no sólo pone en peligro su vida, sino que puede amanecer convertida en hiena.

Hasta principios del siglo pasado, en algunas islas meridionales del Japón se recurría a la catoptromancia con

el fin de garantizar el éxito y la abundancia en los casamientos. Para ello, un niño de siete años debía sostener un espejo ante el cual desfilaban los pretendientes de ambos sexos. Aquellos cuya imagen se reflejaba con mayor nitidez eran considerados los más aptos para consumir la unión matrimonial.

Entre los primeros colonos escoceses de Nueva Zelanda se refieren diversos casos de castas jóvenes que, por haberse pavoneado asiduamente ante un espejo, percibieron el reflejo del demonio.

En 1843, una de ellas, de nombre Elizabeth Whitley, enloqueció de manera repentina, aunque el suceso fue interpretado como una amonestación enviada “desde arriba” (*from up above*).

En el mismo país, pero entre la nación aborigen de los maorí, las jóvenes (*vahine*) que se miran en un espejo después de la caída del sol se exponen a ver asomar, por encima del hombro, una faz siniestra, heraldo de desdichas, enfermedades y muerte.

Las muchachas núbiles del Sahara oriental se anudan al cuello, a manera de amuleto, un pequeño espejo de plata

repulida, del que no se desprenderán sino hasta la noche de bodas. Dichos espejos pueden llevar inscripciones tales como:

*Que la fortuna y Allah te colmen de felicidad
y te concedan una descendencia prolífica.*

Los pilares del templo budista de Wat Phra Singh, en la ciudad de Chiang Mai del antiguo reino de Lanna, al norte de la actual Tailandia, estaban recubiertos de espejos que servían para ahuyentar tanto a los demonios como a los falsos profetas.

Aún en nuestros días, en Pakistán, Irán y Afganistán, para auspiciar sus esponsales, los cónyuges deben entrar a la casa nupcial por dos puertas encontradas, hasta quedar reflejados —de manera oblicua— en el *espejo de la pasión*, que previamente ha sido suspendido sobre un muro estratégico.

De esta manera, los esposos verán sus rostros en perfecta simetría —el ojo izquierdo a la izquierda, el derecho a la derecha— como en la *Yanna* (el *Jardín de Dios*), y no invertidos, como en la imperfecta realidad terrenal.

En las regiones de Shaanxi y Weinan, en la China central, las mujeres que están por dar a luz protegen a sus criaturas llevando consigo, adherido al abdomen, un pequeño espejo de cobre.

Por toda la cuenca birmana del río Ayeyarwady, durante los rituales propiciatorios en que los discípulos *scindhia*, de la casta de los *shudrás*, confían sus almas al difuso (y acaso perennemente inconcluso) camino de la realización dhármica, los sacerdotes recubren con ceniza de restos humanos un espejo sagrado. Después escriben sobre este, con el dedo índice, un mantra de dotes divinos y secretos, una frase que nunca debe ser profetizada o asentada en libro alguno.

Una vez que el novicio aspirante lee esas venerables palabras, el oficiante las dispersa con una intensa y grave exhalación.

En la sierra del departamento de Ancash, en el Perú actual, existen chamanes (*pacos* o *kurakas*) que son capaces —mediante ritos y conjuros— de obligar a ciertos espíritus a establecer su morada en el interior de espejos prodigiosos para luego solicitar su amparo y auxilio en intervenciones curativas, problemáticas o delicadas.

Es significativo que el obispo de Berkeley, en su copiosa obra, no empleara nunca, en su forma literal, la palabra “espejo” (*mirror, glass, looking glass, reflecting glass*), y que, muy al contrario, siempre le diera un uso enfáticamente retórico, ya fuera este metafórico (... *the mirror of spirit and passion*, para connotar, por ejemplo, “la mirada”), ya metonímico (... *reflecting one's thoughts upon Aristotle's mirror*, para referirse, por ejemplo, a la obra del Estagirita).

La clave a esta insistencia u obstinación quizá se encuentre en una declaración cuya autoría está hoy en disputa entre dos de los colegas y confidentes del filósofo: los teólogos Samuel Clarke y William Whiston. Según este testimonio, el doctor Berkeley siempre tuvo por los espejos la mayor repulsión, y los despreció por ser el argumento más poderoso en contra de las premisas fundamentales de su teoría ontológica.

En Salzburgo, en el primer tercio del siglo xvi, Theophrastus Bombast von Hohenheim —más y mejor celebrado como Paracelso—, en su célebre tratado *De las supremas enseñanzas mágicas*, mostraba una fórmula alquímica para elaborar un espejo según una amalgama compuesta de oro, plata, mercurio, estaño, hierro, plomo y cobre (metales que simbolizaban los siete planetas).

En el mar de Sibuyán, situado en el archipiélago filipino, los adeptos cristianos de las poblaciones isleñas de Panay y Mindoro tienen por hábito —cuando un septenio llega a su fin (término que ellos definen según un calendario propio)— romper todos sus espejos, con el propósito de asegurar la paz y la bonanza de sus comunidades hasta que se cumpla un nuevo ciclo de siete años.

Se ha documentado ya ampliamente que Pitágoras de Samos era capaz de predecir el porvenir con ayuda de su espejo mágico, que exponía al reflejo de los rayos lunares.

Dicho espejo servía para pronosticar diversos sucesos ligados a las cuatro áreas fundamentales de influencia y susceptibilidad del ánimo de los hombres: la Astronomía, la Ciencia Natural, la Química y el Amor.

Hasta el ocaso de la dinastía Ching, era costumbre que algunos paisajistas manchúes dispusieran, en el estricto punto céntrico de los suntuosos jardines que diseñaban, un espejo de agua que, en las noches estrelladas, reflejaba con imponente pureza el conjunto de la bóveda celeste.

Se aseveraba que quien introducía las manos en esas aguas apacibles lograba alcanzar, así, los confines más remotos del universo. **u**